

El nacionalismo contra la nación**

*Alain Touraine***

La idea de nación, tal y como fue creada en Europa, es ante todo la idea de un tema político. Cuando se habla del Pueblo, de la República o de la Nación, se evocan imágenes de una soberanía popular que se impone al poder basado en la tradición, en un derecho divino o identificado con una etnia o una lengua. Los nacionalismos del siglo *XIX* y *XX* dominaron de manera tan fuerte nuestra forma de pensar y nuestra experiencia política que casi olvidamos que la idea europea de nación fue creada en un sentido exactamente opuesto al que le dieron los políticos nacionalistas. La idea de nación no fue la de hacer reposar la legitimidad del poder en una etnia, un pueblo o una lengua y un territorio, sino sobre una consciencia colectiva y, según las célebres fórmulas de Renan, sobre un plebiscito de todos los días y en la voluntad de vivir juntos. Esta expresión es menos simple de lo que parece, ya que esta voluntad nacional descansa en gran parte en una consciencia de pertenencia, por lo tanto, en la referencia a una historia, a una tradición y a una lengua comunes. Pero si es verdad que el lenguaje del Estado nacional es éste, que este Estado habla en nombre del pueblo, la propia idea de nación no se confunde con la de pueblo, ya que ella introduce una referencia a la libertad reconocida de ese pueblo, a su capacidad de darse leyes, de devenir una sociedad política. No es el pueblo el que crea a la nación, es la soberanía popular.

*Una primera versión de este texto en inglés fue leída como *Erasmus Lecture* en la reunión de la Academia Europea en Cravocia el 29 de junio de 1995 y publicada en la *European Review*, Traducción, vol. 3, No. 4, 1995 en *L'Année Sociologique*, Vol. 46, No. 1, 1996.

** Traducción de Yanga Villagómez Velázquez. Universidad Autónoma Benito Juárez de Oaxaca.

Ciertos observadores, como G. Bólleme o S.Procacci, de manera reciente han mostrado que, con frecuencia la noción de pueblo fue creada por un poder central o una oligarquía dirigente para dar a la sociedad una unidad ficticia que le permitiera a aquélla ejercer su poder sobre ésta. Por el contrario, la idea de nación es la de apelar a un soberano colectivo cuyos poderes ejecutivo, legislativo o judicial no son sino los magistrados.

Es por eso que la idea de nación está en el centro de la filosofía política moderna, cuya piedra angular es el principio de la soberanía popular. De Hobbes a Rousseau, pasando por Locke, los creadores de este pensamiento filosófico imaginaron la ficción de una decisión original a través de la cual un grupo de seres humanos se transforma en sociedad política. Hobbes habló de *covenant*, Locke de *trust*, pero fue la expresión creada por Rousseau, el *Contrat Social*, la que tuvo mayor éxito.

La nación y el Estado, si se opusieron con frecuencia, también se confundieron; y la idea de Estado nacional o de República, que es su sinónimo, ha legitimado suficientes regímenes autoritarios. El jacobinismo francés fue la expresión más extrema y la más ambigua de esta consciencia nacional, a la vez revolucionaria y autoritaria, al *mismo* tiempo también una tendencia a transformar a la mayoría de una comunidad homogénea cuya unidad correspondía a la del Estado nacional; entonces siempre ha tendido a someter la pluralidad de los actores sociales, y en particular a las clases sociales, a la unidad de una nación-pueblo, definida por una experiencia y una voluntad comunes. Al mismo tiempo esta misma idea también contemplaba la voluntad de la mayoría para construir un orden político liberador en contra de un Estado, nacional o extranjero, actuando como defensor de minorías privilegiadas. La nación liberadora no existió ajena, más que de manera ocasional, a una alianza ambigua y contradictoria con un Estado nacional que jamás es por sí mismo democrático. En 1789, en Versalles, cuando los Etats Généraux¹ se transforman en Asamblea Nacional el 17 de junio y poco tiempo después, el 20 de junio, cuando ésta afirmó su voluntad de defender la soberanía popular con el

¹ En la Francia de la Edad Media y la del Antiguo Régimen los estados eran asambleas que agrupaban a representantes de tres tipos de orden o estados: el clero. La nobleza y el tercer orden o tercer estado. En los siglos xvn y xvii ciertas provincias como Bretaña Languedoc Provence y Borgoña conservaron sus estados llamados "provinciales". Los estados generales (etats généraux), es decir a nivel del reino no tenían periodicidad fija. Los reyes no estaban obligados a reunidos y si lo hacían para pedirles consultarlos no estaban obligados a seguir sus consejos. Los etats généraux no se reunieron entre 1614; y 1789. (Carpentier y Lebrin, 1992:457 458. N. del traductor).

Serment du Jeu de Paume, como ocurrió un poco antes, en el momento de la Independencia norteamericana y más tarde en las revoluciones sociales y nacionales de la primera mitad del siglo XIX, la idea nacional invade todo el campo político. Pero enseguida esta nación liberadora fue tentada para transformarse en Estado autoritario y, en numerosos casos, el propio Estado autoritario siguiendo el ejemplo napoleónico, exalta una consciencia nacional más agresiva que defensiva.

Se puede pensar entonces que hayan existido regímenes puramente nacionales y, en particular, democracias puramente nacionales, es decir, en las que el Estado no habría sido sino el agente, el magistrado de la Nación. En cambio, inclusive cuando la idea de nación estaba tan próxima a la de pueblo cargándose de identidad ética, lingüística, cultural y territorial, el llamado a la Nación y además, a la nacionalidad, fue una fuerza de liberación política. Fue Herder el primero en unir fuertemente el llamado a una identidad nacional al *Volksgeist*, con un proyecto de modernización y de liberación política, y quien reclama para los alemanes el Báltico y, para los pueblos de los Balcanes, el derecho de convertirse en naciones modernas siguiendo el ejemplo de la Gran Bretaña y Francia, muy apresuradas, decía él, a identificarse a sí mismas con los valores universales. Concepción ambigua pero que apela a las Luces, lo mismo que al derecho colectivo de la Nación.

No existe entonces oposición profunda entre la libertad de los antiguos, organizada alrededor de la idea de ciudadanía, y la Nación moderna, tal y como se desarrolla a través de las grandes revoluciones políticas de Holanda, Inglaterra, Estados Unidos y Francia. Cuando Benjamín Constant, en un texto de 1817, tan célebre como breve, opone la libertad de los modernos a la de los antiguos, se refiere más al individualismo de los Derechos del Hombre, que a la idea de nación republicana y de soberanía popular.

La idea de nación ocupó durante mucho tiempo un lugar central en la historia de la libertad, tanto tiempo que ésta fue concebida antes que nada en términos políticos y opuesta a la monarquía absoluta, fundada en la tradición o el derecho divino. De finales del siglo XVI hasta mediados del XIX, en una parte cada vez mayor de Europa, la libertad fue política más que económica o social, y las ideas de Nación y República tomadas en el sentido de *res publica* y que pueden entonces aplicarse a la Gran Bretaña y a los Países Bajos, incorporaron las ideas de progreso económico y social.

Ernest Gellner (1983) tiene razón cuando opone la Nación a la etnia y cuando señala que las naciones no preceden a la economía moderna, y no tienen por lo tanto que ser redescubiertas o liberadas, ya que el Estado nacional es la forma política que corresponde a la necesidad de una economía donde los intercambios y la división del trabajo se

intensificaron, pero hay que agregar que la evolución económica explica mejor el paso de la Ciudad al Estado territorial más vasto que la idea de Nación, que es primero que nada un ideal político, antes que un marco de la actividad económica. Este Estado nacional apela con frecuencia a una consciencia étnica o, al menos, a la existencia "natural" de la Nación*.

Es entonces la combinación de esos aspectos complementarios y opuestos al Estado y a la Nación lo que ha provocado la creación de las sociedades nacionales que constituyeron la forma principal de la organización social en Europa, inclusive si en amplias zonas, al centro y al este del continente en particular, se mantuvieron imperios contra los cuales se formaron movimientos de independencia nacional y las Ciudades-Estado pudieron mantenerse durante tanto tiempo, en particular en las regiones donde la Hansa había ejercido su influencia, y también en Italia, que continúa siendo ampliamente un país de ciudades, más que una sociedad nacional, como lo ha demostrado A. Bagnasco (1977). La idea de sociedad nacional significa que inclusive en universos económicos, culturales, militares ampliamente internacionalizados por la industrialización y el comercio mundial, el vínculo nacional constituye un principio fundamental de unificación de la vida social. Las relaciones de clase estaban marcadas de forma tan fuerte por la identidad nacional, a tal grado que, en la víspera de la Primera Guerra Mundial, los obreros checos, reunidos en un congreso sindical, decidieron que ellos eran checos y, por lo tanto, asociados a las otras fuerzas nacionales de su país, antes que ser obreros y solidarios con todos sus camaradas del imperio austrohúngaro. Con ello recordamos la manera en la que la consciencia nacional, al momento del estallido de esta guerra, gana en los países beligerantes sobre los intereses de clase o sobre los programas políticos y se impone a una gran parte del mundo de las ideas. Los análisis eruditos e impresionistas de una sociedad se refirieron casi siempre y se refieren todavía, implícita o explícitamente, a una sociedad nacional. Ciertamente, hablamos de sociedades modernas o industriales, pero es más bien por designar un problema que una respuesta. Incluso las categorías sociales más elevadas, es decir, las más, abiertas a otras culturas o a la vida inter-

*Nota del traductor. En la Francia de la Edad Media y la del Antiguo Régimen los estajos eran asambleas que agrupaban a representantes de tres tipos de orden o estados: el cío; I nobleza y el tercer orden o tercer estado. En los siglos xvii y xviii ciertas provincias como Bretaña, Languedoc, Provenca y Borgoña conservaron sus llamados estados "provinciales". Los estajos generales (erats *généraux*), es decir, a nivel del reino, no tenían periodicidad fija. Los reyes estaban obligados a reunirlos, y si lo hacían para consultarlos, no estaban obligados a seguir sus consejos. Los *états généraux* no se reunieron entre 1614 y 1789 (Jean Carpentier y Franco Lebrin. Histoire de France. Paris. Editions du Seuil. Actualizada en 1992. Págs 457 y 458i.

nacional, fueron formadas en el contexto de una civilización nacional. Esto fue cierto sobre todo en los países que habían construido de manera más temprana y sólida un Estado nacional, en particular en Gran Bretaña, en Francia o en Suecia, a los que se puede agregar España, a pesar de que ésta haya permanecido en parte como imperio unificador de las regiones, más que como un Estado nacional integrado. Pero esto ocurrió de igual manera en los países que conquistaron recientemente su independencia y también en aquellos donde la unidad nacional había sido durante mucho tiempo cultural y no política, como en Italia o en Alemania, donde el *Deutschtum* se formó mucho antes del *Deutschland*.

La conclusión principal de esta primera etapa del análisis es que, durante un largo periodo y en particular hasta mediados del siglo XIX, con los movimientos sociales de 1848, pero también con la unificación alemana e italiana en 1870, la representación de nosotros mismos estuvo dominada por categorías políticas. Mientras que en el periodo siguiente, la categoría dominante ya no es la Nación, sino la clase y que el problema central es el de las relaciones entre la clase o el pueblo y el partido, es la relación entre el movimiento nacional y el Estado nacional, relación de complemento y de contradicción, que domina la vida social durante el periodo que va de la Glorious Revolution Inglesa de 1688 a la Revolución Francesa y sus consecuencias hasta 1848. Tanto en Alemania como en Italia, donde la cuestión nacional no fue resuelta, así como en Francia, donde sí lo fue desde hace mucho tiempo y de manera aun más completa que en Gran Bretaña, las categorías políticas se han impuesto a las categorías económicas y sociales. Tal ha sido el profundo sentido del pensamiento político liberal, en el que se encuentran tanto Montesquieu como Rousseau, y Tocqueville o Stuart Mili, todos ellos pensadores de lo político, más que de lo social.

En el interior de este universo político, la idea de nación representó la vertiente del movimiento, mientras que la idea del Estado nacional representaba la vertiente del orden, a tal grado que se podría hablar de una lucha de las clases políticas, en particular durante el siglo XVI inglés, pero también durante la Revolución Francesa, cuyo análisis, según Francois Furet (1988) debería realizarse en términos propiamente políticos y no sociales o económicos, como intentaron hacerlo los historiadores marxistas.

La acelerada entrada de la mayor parte de los países en una modernización de las formas, con éxitos y fracasos muy diversos, dio una nueva actualidad a esta visión política y nacional de la sociedad. Jamás el mundo conoció tal cantidad de movimientos de liberación nacional como al final de la Segunda Guerra Mundial, pero tampoco el pasaje de la idea nacional liberadora a la realidad del Estado

nacionalista autoritario había sido tan rápido. Nunca las revoluciones sociales y nacionales habían conducido de manera tan masiva y brutal al triunfo de los Estados autoritarios o totalitarios, con frecuencia protegidos por una potencia extranjera. Ello podría llevarnos en la actualidad a no ver en la idea de Nación más que una ideología autoritaria y de sumisión de una sociedad diversificada y jerarquizada a un Estado absoluto. Sin embargo, la fuerza liberadora de la idea de Nación no desapareció, y sería un peligroso error reducir toda consciencia nacional a un nacionalismo agresivo, de la misma manera que sería riesgoso ver solamente en los movimientos revolucionarios la fuerza que permite la llegada al poder de partidos y dirigentes autoritarios.

Esta introducción y este recordatorio eran necesarios para definir ahora el problema que debemos analizar: el ocaso de ese modelo político de la vida social. En particular, el final de la alianza entre la consciencia nacional y la construcción del Estado, y en consecuencia, el retroceso de la idea de Nación, tal y como acabo de definirla, y su sustitución por un lado por el nacionalismo y, por el otro, por la consciencia económica de los productores y de los consumidores mismos que no se definen en un contexto nacional sino en el de las relaciones de producción o de mercado.

La consciencia nacional había acompañado el ascenso de la sociedad civil, de la *Bürgerliche Gesellschaft*, y su lucha en contra de los privilegios, en contra de la sociedad de órdenes y de estatus (Stände). Esta consciencia nacional había sido la expresión política de una lucha que también era social. En Gran Bretaña la aristocracia y el pueblo habían hecho una alianza contra el rey, en Francia, al contrario, el rey había hecho una alianza con el pueblo en contra de la aristocracia, y esta diferencia esencial entre los dos países había marcado en forma duradera la idea de Nación, así como la de Pueblo, a ambos lados del canal de la Mancha. Gran Bretaña fue más civil y oligárquica; Francia más política y a la vez más revolucionaria y autoritaria. Pero el progreso de la sociedad industrial, primero en Gran Bretaña, ocasiona rápidamente el reemplazo de las luchas entre la sociedad civil y el orden político por una lucha que oponía dirigentes y dirigidos dentro de la nueva sociedad económica. La idea de Nación entonces fue sustituida por la de clase y los movimientos sociales se infiltraron en los movimientos cívicos o políticos. Esto es visible ya en el chartismo inglés,² pero se manifiesta de manera más dramática en Francia, durante 1848, cuando las consecuencias de la Revolución de Febrero.

² Doctrina de los partidarios de la Charle, en Inglaterra, Unión de obreros formada en 1838. cuyo objetivo principal era el mejoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores. (N del traductor).

dirigida por políticos y escritores, agrupados en un periódico llamado, de manera significativa el *Nacional*, se manifiestan también en las jornadas de junio de 1848, que representan una de las revueltas obreras más importantes y populares que conoció este país durante todo el siglo XIX y una parte del XX.

Karl Marx, en sus escritos históricos acerca de Francia ataca violentamente lo que llamó "la ilusión política" de los jacobinos franceses, su desconocimiento de los problemas reales de una sociedad dominada por la industrialización capitalista y la proletarización. Critica en particular a la Comuna de París que había sacado de sus filas a los representantes de la Asociación Internacional de Trabajadores, dejándose llevar por un discurso extremadamente radical e incendiario, más "pequeñoburgués" que obrero.

La lucha por la ciudadanía, que había estado al servicio directo de la libertad, definida como un derecho humano universal, se volvía conservadora, "burguesa", mientras que en la sociedad industrial y en el conjunto del mundo se desarrolla rápidamente, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, la defensa de los derechos sociales o culturales de categorías particulares definidas sobre todo por el lugar que ocupan en las relaciones sociales de dominación.

La combinación de principios universales con situaciones particulares, ya sea que se trate de la clase, la Nación, del pueblo o de género (*gender*), es tan difícil y tan frágil, que ella ha conducido a dos tipos de solución opuestos. Por un lado, la extensión, presente desde la Constitución francesa de 1793 y proclamada en la Declaración de Derechos del Hombre de 1948, de los derechos fundamentales a los derechos sociales, y la afirmación del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos, de la igualdad del derecho entre hombres y mujeres o de los derechos de los niños. Por el otro lado, la afirmación cada vez más fuerte de una identidad, de una especificidad y de una diferencia e inclusive de un conflicto fundamental insuperable. Esto conduce de manera más o menos directa a la búsqueda de una sociedad o de una contrasociedad homogénea: sociedad de los trabajadores, lo que empuja desde el principio al régimen soviético a eliminar por la violencia o por hambre a los burgueses, a los campesinos independientes o a los intelectuales o artistas "decadentes", sociedad nacional cada vez más intolerante frente a las minorías que termina por proclamar su ideal de pureza y, por lo mismo, de eliminación o de aniquilamiento de quienes son impuros o extranjeros, lo que representó la consigna hitleriana de *judenreines Reich*, y que es actualmente la consigna de la política serbia de purificación étnica en la parte de Bosnia ocupada por las tropas bosnioserbias, lo que provoca una reacción análoga brutal del lado croata. De manera más limitada

o más difusa, las tendencias análogas se formaron al interior de los movimientos feministas, con la búsqueda de comunidades exclusivamente femeninas.

La primera tendencia preservó el rol central del campo político, redefinido como el lugar de la negociación entre los actores sociales en conflicto; ésta habló de integración nacional, al mismo tiempo que de justicia social, como lo indicaron los programas socialdemócratas. Algunos de éstos otorgaron un rol central al Estado, otros por el contrario, privilegiaron las negociaciones directas entre actores sociales y económicos, pero todos afirmaron el rol de integración nacional del Estado. Al final de la Segunda Guerra Mundial se crearon los grandes sistemas del *Welfare State*; el sistema inglés, construido por Lord Beveridge, tenía una inspiración igualitaria más social que nacional; el sistema francés, producto del acuerdo entre el general De Gaulle y el sindicalismo comunista, tuvo una inspiración más nacional que social: se trataba de reintegrar a la Nación a una clase obrera que había tomado en gran parte en la Resistencia, mientras que los patrones habían colaborado con el enemigo.

De la misma manera, se formaron movimientos de liberación nacional, sobre todo en los imperios coloniales. Ahí se gestan movimientos de inspiración nacional y democrática o revolucionaria, que desembocaron con frecuencia en fracasos, pero a veces también, como en el caso de la India, en la creación de un gobierno en esencia democrático y fuerte, unificador en su acción, con objetivos nacionales -difíciles de alcanzar en una sociedad multicultural- y sociales.

Sin embargo, la tendencia más pesada, en el transcurso de los últimos cien años, no ha sido esa, sino al contrario, ha sido la creciente disociación de un orden económico cada vez más global e impersonal y una afirmación nacional cada vez más radical que sustituye a la nación como elemento político libre por la Nación-Pueblo o etnia. herencia o tradición, y a veces inclusive raza o pueblo que se considera como elegido por un Dios o por la Historia.

Una conciencia nacional liberadora se sustituye con una conciencia nacionalista agresiva hacia el exterior y purificadora y homogeneizante en el interior. Después de un largo periodo histórico dominado por objetivos políticos, por modelos voluntaristas. Constitucionales y jurídicos de organización social, el mundo, y en particular Europa, entra en una fase donde los llamados a la *ascription* se escuchan de manera más fuerte que los proyectos de *achievement*, donde la filosofía de las Luces y el progreso, que sometía la vida social a las leyes de la razón y de la Historia, es sustituida por un culturalismo que ubica la legitimidad del poder político en su conformidad con una

herencia natural o divina, y con una esencia más que con una libre decisión de la Nación.

No hay nada en común entre la concepción inglesa, norteamericana y francesa de la Nación, estrechamente asociada a la elaboración de un *Bill of Rights*, desde el ejemplo inglés de 1689 y que Dominique Schnapper (1991) definió justamente como la comunidad de los ciudadanos, y la idea de *Volk* que vincula la idea de Nación con la de pueblo, una definición étnica y una definición política de la Nación. Esta noción fue tan importante durante el régimen nazi que éste se designa a sí mismo como *völkisch*, popular. El racismo no es más que una forma particular de ese tipo extremo de populismo que define al pueblo y la Nación como una mezcla de atributos biológicos, de tradiciones culturales y de misiones históricas, y no como una voluntad colectiva que subordina la organización social a los principios fundamentales que no puede rebasar ningún poder político.

Esta inversión que ha alcanzado hoy formas extremas ha conducido a dar una importancia creciente, a la identidad étnica, nacional y religiosa cuando se habla tanto de la internacionalización de la economía, de la información y de la ciencia.

Las dos tendencias, en apariencia opuestas, están en realidad estrechamente asociadas una con la otra. Es justamente la globalización de la economía, la internacionalización de flujos de producción, de consumo y de comunicación lo que ha provocado el desarrollo de nacionalismos defensivos que se batan contra las amenazas que se ciernen sobre una identidad cultural, social y territorial. A una consciencia nacional creadora de apertura y de pluralismo se sucede un nacionalismo que se encierra sobre sí mismo y rechaza a los extranjeros, entendidos éstos en el sentido que la tradición sociológica ha dado a ese término (*Eremde*) desde Simmel, es decir, a aquellos que pertenecen a una sociedad, al mismo tiempo que pertenecen a otra, que no tienen una identificación única o central, sino que se conducen al contrario, con una pluralidad de pertenencias. Este gran giro de la idea nacional, que comienza al final del siglo XIX es muy visible en Alemania y en Francia, sobre todo al momento del asunto Dreyfus, y en menor medida en Gran Bretaña. En Alemania se desarrolla un nacionalismo conquistador que identificaba a Alemania con la cultura y la modernidad.

Las categorías sociales más amenazadas por las transformaciones económicas y en particular por la apertura de los mercados, sitúan su defensa sobre el plan nacional por encontrar aliados que no serán atraídos por la sola defensa de intereses de una categoría profesional particular. Este razonamiento se aplica en especial al caso del nazismo. Se ha dicho con frecuencia que la crisis económica y la anemia social habían formado, en Berlín y en otras partes de las regiones industriales

alemanas, masas de desempleados y de desarraigados que proporcionaron a Hitler lo esencial de sus tropas políticas. La realidad es muy diferente: es entre categorías sólidas, como los maestros de escuela, muy sensibles al tema nacional, como los campesinos católicos de Baviera o los campesinos protestantes de Schleswig Holstein o de la BasseSaxe donde el partido nazi encontró sus éxitos más importantes. K.D. Bracher, en su libro clásico *Die Deutsche Diktatur (1969)* pudo definir al partido nazi anterior a 1933 como un partido aglutinador de las clases medias. Pero es el sociólogo norteamericano Martin Lipset quien define de manera más precisa al fascismo como un "extremismo del centro", oponiéndolo a los extremismos de izquierda y de derecha. Bracher y muchos otros historiadores han demostrado claramente cómo Hitler eliminó las tendencias de izquierda de su movimiento, dirigidas por los hermanos Stasser, lo mismo que la tendencia paramilitar de Rohm. Esta base social defensiva, inquieta, desgarrada entre tendencias contrarias y poco capaces de movilización autónoma, no podía ser más que un instrumento al servicio de un Führer carismático, dirigiendo una organización centralizada, de tipo militar, que atraía a muchos desclasados y haciendo llamados a la juventud y a una Nación definida más allá de los grupos sociales y sacralizada por una religión étnica.

Se puede aplicar este tipo de análisis general a los movimientos nacionalistas extremistas que se desarrollaron en la Europa contemporánea. En Francia, el movimiento Pujade, apoyado por pequeños comerciantes amenazados por el desarrollo del comercio integral, o el Frente Nacional de J.M. Le Pen, se desarrollaron en categorías sociales que no son de ninguna manera marginales, sino que son categorías que se sienten amenazadas por la evolución económica o moral y que exigen medidas autoritarias ya sea contra el mundo del dinero (aquí aparece el antisemitismo), contra lo jóvenes demasiado escandalosos e inmorales, o contra los inmigrantes, lo que corresponde al racismo bien conocido de los *poor Whites* del Sur de Estados Unidos; aquéllos que se encuentran en decadencia social se esfuerzan por contrarrestarla, rechazando a quienes están abajo de ellos y entre los cuales tienen miedo de caer.

Este nacionalismo, con frecuencia pasivo y moderado, deviene agresivo cuando se siente más amenazado, es decir, cuando aquellos que lo expresan son a la vez atraídos y rechazados por el mundo comercial y urbano que denuncian, mundo del consumo desenfrenado, del no control de costumbres y de la emancipación de las mujeres. Situación que es, ante todo, la del mundo musulmán perimediterráneo, árabe e iraní en particular, y en los cuales la historia ha sido dominada desde hace siglos por el fracaso de la modernización y por una dependencia creciente frente a los países del norte del Mediterráneo.

Cara oculta de Occidente, donde la violencia nacionalista es tan grande que la modernización económica es tan tardía como brutal, como en Irán bajo los Pahlevi, en Turquía después de Atatürk, en Egipto después de Nasser y Sadat y finalmente en Argelia, donde la dictadura militar ha fallado en la modernización del país.

En la medida en que la modernización provenga de fuera, en esa medida la sociedad se siente más atraída y rechazada por el mundo impersonal de la producción, del consumo y de la información. La defensa de las tradiciones es entonces reemplazada por una política de movilización de los recursos culturales para la conquista del poder por parte de una élite ultranacionalista, deseosa de apropiarse por la fuerza de una modernidad venida del exterior. El punto de llegada de esos movimientos y de esas acciones políticas es la voluntad de una modernización que pone las técnicas y los objetos de la modernidad al servicio de valores culturales, sociales, y sobre todo, políticos directamente opuestos a los valores del Occidente secularizado. El Estado deviene en defensor del pueblo, de una etnia, de una cultura, de una religión, y sus dirigentes legitiman de esta forma su poder absoluto. En el mundo islámico, por ejemplo, ya no se trata actualmente de modernizar al Islam, sino de islamizar la modernidad.

Esta tendencia es tan importante, en particular en Asia, pero también en el mundo árabe-musulmán, que puede ser colocada en el centro de una interpretación general del mundo contemporáneo contraria a otras tendencias propuestas en el transcurso de los últimos años. Dos interpretaciones generales, opuestas una a la otra, se confrontan hoy en nuestro pensamiento. La primera, elaborada después de la caída del muro de Berlín y del imperio soviético, afirma que el mundo entero está en movimiento hacia un modelo único, que corresponde al mundo industrializado occidental y en particular de Estados Unidos, y cuyos principales elementos son la economía de mercado, la democracia representativa, la tolerancia cultural y la secularización del Estado. Esta versión, cuyo representante más conocido es F. Fukuyama, obtiene su fuerza del derrumbe del modelo comunista, tanto en su versión china como soviética. No obstante esta versión se topa con dos tipos de objeción. El primero es acerca del modelo cuyo triunfo marcaría el fin de la historia, como dice ese discípulo de Kojeve, autor de ensayos sobre Hegel. Es realmente un modelo político y social o solamente el triunfo de un *laissez-faire* cuya fuerza principal viene de la parálisis de sus adversarios p^o que- wapatece capaz de impactar a toda la población mundial, y que por el contrario agrava la desigualdad, la marginalidad de una parte creciente de esta población y esta djjajidad.de la ojje hablan desde hace mucho tiempo los economistas y sociólogos latinoamericanos y

americanos o los suburbios a la inglesa o a la francesa. Un segundo tipo de objeción tiene que ver de forma más directa con el presente análisis. Esta interpretación no explica el desarrollo de conflictos étnicos y religiosos, integristas o fundamentalistas, de la *moral majoriti* norteamericana o del FIS argelino, en una palabra, lo que G. Kepel (1991) llamó *la venganza de Dios*,³ y que se ve en todas partes, de la India a Argelia, del Cairo a Jerusalén.

Esta objeción es tan fuerte, que representa el punto de partida de la interpretación opuesta, la de S. Huntington (1993), quien ve al mundo desgarrado por conflictos ya no entre naciones sino entre civilizaciones y en particular, entre religiones. Esta tesis piensa dar cuenta de la guerra entre chiítas iraníes y sunnitas irakíes, entre musulmanes del norte de Sudán y cristianos o animistas del sur, entre hindúes y musulmanes en la India, entre serbios ortodoxos, croatas católicos y musulmanes bosnios, o aun todavía entre católicos y protestantes en Irlanda. Pero muchos de los casos citados no son característicos de ese tipo de interpretación. Consideramos aquí más que lo que nos impacta de manera más cercana: la guerra que arrasa una parte de la ex Yugoslavia, la Bosnia Herzegovina, después de haber destruido una parte de Croacia y tal vez antes de alcanzar el Kossovo. Es falso hablar en este caso de guerra interétnica. Los mejores testigos, y en particular Tadeusz Mazowiecki, ex primer ministro de Polonia y comisionado especial de la Unión Europea, no dudan que en esta guerra haya existido un agresor y agredidos, incluso si son conscientes de que la violencia provoca el odio recíproco, esparciendo por todas partes los crímenes y las exacciones.

La política de purificación étnica, llevada a cabo por el gobierno serbio y aplicada por el Estado bosnioserbio, ha impresionado tanto que en Sarajevo permaneció y permanece, a pesar de tres años de sitio, una ciudad donde se mezclan serbios, croatas y musulmanes (no en el sentido religioso, sino como nacionalidades), inclusive en los mismos edificios. Que el desmembramiento de Yugoslavia, propiciado de manera imprudente por los países occidentales haya conducido a desarrollar un nacionalismo serbio alimentado de resentimiento frente a los croatas, puede explicar un conflicto entre dos nacionalidades difíciles de considerarse como culturas enteramente separadas, ya que comparten la misma lengua con numerosos matrimonios entre las dos comunidades. No obstante ello, la movilización del nacionalismo serbio al servicio de una política propiamente totalitaria, ya que ha provocado la desaparición casi total de los no serbios de la parte de

³*La revanche de Dieu*, en el original. (Nota del traductor)

Bosnia que Serbia quiere anexarse o mantener bajo su control, no puede explicarse más que por la reconversión de un dictador comunista en dictador nacionalista, transformación que hoy está parcialmente en curso en Rumania, donde los nacionalistas de extrema derecha participan cada vez de manera más amplia en el gobierno del poscomunista de Iliescu.

Pero Samuel Huntington tiene razón al subrayar que el nacionalismo modernizador del movimiento de las nacionalidades ha sido reemplazado casi en todas partes del mundo por un nacionalismo que responde a lo que él percibe como una amenaza de invasión y de descomposición. Es difícil seguir a Eric Hobsbawm (1990), quien defiende la tesis inversa del ocaso de los nacionalismos en nombre de la idea, inspirada en el marxismo, de que los conflictos sociales son más fundamentales que los conflictos nacionales. Los propios marxistas, y en particular, los austromarxistas a finales del siglo XIX ya habían reconocido la separación entre los problemas económicos y sociales, así como de los problemas nacionales sobre todo aquellos de naturaleza cultural. El siglo XX estuvo dominado ideológicamente por la gran tentativa leninista y maoísta de unificar las luchas anticapitalistas y antiimperialistas, las luchas de clases y las luchas nacionales. Pero la segunda mitad de nuestro siglo vio el derrumbe de esta forma de pensar hegemónica y la separación creciente de un proyecto de modernización que fue finalmente absorbido por la economía de mercado y en un nacionalismo que se aproximó, no únicamente en el mundo islámico, a la defensa de las creencias religiosas hasta dar nacimiento a nacionalismos hostiles a la secularización del Estado. La gran alianza de la independencia nacional, de la reivindicación social y de progreso económico ha terminado de manera definitiva.

El mundo de hoy ni está unificado ni dividido en civilizaciones y religiones rivales. Está dominado por la creciente disociación de una economía globalizada e identidades culturales fragmentadas que son movilizadas por poderes que de esta manera se legitiman; a veces pasa por la vía de las elecciones y con frecuencia por métodos autoritarios. En Estados Unidos se ha visto desarrollar el nacionalismo religioso de la *moral majority*, alternada ahora con un conservadurismo extremo. De Serbia a países como Indonesia, Malasia e inclusive Singapur, se ve un reforzamiento del nacionalismo que moviliza los recursos culturales y étnicos al mismo tiempo que acepta integrarse a la economía internacional cuando puede. Está claro que para comprender las tendencias más profundas del mundo actual tenemos más necesidad de categorías políticas, que de categorías económicas o culturales.

El nacionalismo estuvo presente casi en todas partes en los países

en desarrollo. Incluso en los países pioneros de la industrialización y de la modernización, como en Gran Bretaña, donde el utilitarismo y el espíritu de empresa estuvieron acompañados de una conciencia imperial y de una voluntad hegemónica. Pero, en el momento en el que uno se separa del centro del desarrollo económico, el papel movilizador del Estado crece. En Francia de manera constante el Estado, bajo Napoleón I, Napoleón III y el general De Gaulle, ha jugado el papel principal en la industrialización. Es todavía más cierto en Italia, en Japón y sobre todo en Alemania, donde la burguesía de Frankfurt fue vencida en 1848 por Bismarck. Pero en esos casos como en otros más recientes, el Estado movilizador quiso ser el creador de una sociedad civil y de actores sociales autónomos. Lo que se logró de manera particular en Alemania, que devino en un país democrático con leyes sociales avanzadas, vida intelectual activa y diversa, cuando Bismarck deja el poder en 1890. Lo que no impidió el nacionalismo exacerbado del Canciller de Hierro al mantener en ese país tendencias nacionalistas antidemocráticas que se desarrollaron también en los otros dos países cuya evolución fue paralela. Pero más allá de esos dos ejemplos parcialmente exitosos de una construcción de una sociedad industrial "civil" por una desviación del Estado, se aproxima uno a situaciones en las que este Estado moralizador, a la vez nacionalista y modernizador, deja de estar al servicio de la sociedad civil por construir, sino al servicio de su propia fuerza y de su control autoritario o totalitario. Este Estado no sólo es despótico y su lenguaje no es el de un orden militar o administrativo. Este Estado denuncia a la sociedad, se nutre de sus ideas y de su memoria, habla su lengua deformándola. Habla de tradición o de religión, de moral o de solidaridad, mientras que su acción real es la de vampirizar a la sociedad hasta que ésta, agotada, vaciada de su sangre, muera y se descomponga.

Hoy conocemos los tres tipos de nacionalismo que acabo de mencionar. Estos son los estados neobismarckianos cuyo ejemplo más importante fue Brasil desde 1930, y que logran más o menos engendrar fuera de ellos una sociedad cuyos actores son capaces de conducir los cambios históricos entre ellos. Es el caso de Turquía a través de graves crisis. Es tal vez, pero de manera más débil, el caso de Egipto. La India permanece, a pesar de sus debilidades, siendo una gran éxito de Estado movilizador. Corea del Sur y Taiwán han pasado de manera reciente del lado de las sociedades que han conquistado su autonomía.

En segundo lugar, los nacionalismos culturales que asocian un desarrollo económico dependiente con la afirmación de una identidad nacional en nombre de la cual ejerce un poder autoritario. En Asia del Sureste se ha desarrollado más este tipo, pero ha influido también en México e influye actualmente en el Perú.

Finalmente, cuando las políticas integristas tienen importancia militar, étnica o religiosa, representan la situación más desfavorable de las sociedades que están reducidas a una situación en la que los recursos son manipulados y saqueados por un Estado o un dirigente estatal cuyo objetivo principal es ampliar o mantener su poder.

¿Qué ha quedado de la consciencia nacional que impulsó las revoluciones occidentales de los siglos XVII, XVIII y XIX? Muy poco, ya que esos países, sobre todo los europeos, renunciaron a ser sujetos políticos, conformándose con su prosperidad, insuficiente y frágil, vista desde el interior, pero estrepitosa vista desde el exterior, abandonándose a un nacionalismo hecho de buena autocomplacencia moralizadora y etnocentrismo, mientras que Estados Unidos, al menos hasta un pasado reciente, reivindicaban para ellos la hegemonía, ya que eran los únicos que podían contener el peligro soviético. En Francia particularmente, el miedo a la inmigración clandestina provocó el *abandono del papel* de país de refugio que se manifestó de manera generosa cuando las dictaduras obligaron a muchos militantes de izquierda al exilio. En ciertos países periféricos en donde la sociedad civil se refuerza y en los que el desarrollo requiere todavía de una fuerte voluntad colectiva, la idea nacional es fuerte y permanece asociada al espíritu democrático. Es lo que se observa en Chile o en Polonia, pero de manera débil, ya que la prioridad se ha dado en esos países a los objetivos económicos, mientras que las ideologías políticas de todo tipo provocan más desconfianza que adhesión.

A fuerza del progreso al principio de la era moderna, la consciencia nacional se transforma en nacionalismo agresivo y en ocasiones inclusive antimoderno, como en el caso de los esclavófilos rusos quienes combatieron lo occidental en el siglo XIX, desplazándolo de su rol de movimiento popular por las luchas sociales, antes de convertirse en un instrumento de poder para los dirigentes que movilizan una historia, una cultura, una religión para combatir una modernización venida del exterior y que denuncia como satánica.

Pero esta segunda parte del análisis no debe concluir en una condena a los nacionalismos, sino en el tema de la separación de la economía globalizada de las culturas, del mercado mundial y de las identidades personales y colectivas. El Estado nación creó una red de instituciones que servía de mediación entre la unidad y la pluralidad, el pasado y el presente, las limitaciones exteriores y los debates interiores y lo que nosotros llamamos la sociedad civil se desarrolló como un sistema de relaciones sociales. Actualmente, por el contrario, ya no hay mediación entre el mercado mundial y las identidades culturales, entre el mundo de los objetos y de las técnicas y el de los valores, entre el universo de los signos y el universo del sentido. Entre esos dos mundos

no hay más que un *no man's* tan vacío como el espacio entre los dos muros que separaban Berlín Este de Berlín Oeste.

Tal es el sentido más general de esta crisis de lo político, de este debilitamiento del espíritu democrático que resienten fuertemente casi todos los países industrializados, de Japón a Estados Unidos, de Italia a Francia, de España a Bélgica. Estamos en lo más lejano del triunfo de la política que comenzó en Occidente con Maquiavelo y que culminó con la Revolución francesa. La política y el conjunto de la organización social no son actualmente más que lugares desestructurados de encuentro entre las limitaciones de la economía internacional y las exigencias de la vida privada o de las comunidades. ¿Es preciso regocijarse del ocaso de la idea nacional y, como Eric Hobsbawm. *poner toda nuestra* confianza en un mundo a la vez unido y diverso, abandonado a la lucha sangrienta entre los Estados? O por el contrario. es preciso reorientar la idea nacional, considerando que ésta puede crear, mañana, como lo hizo ayer, una articulación entre la economía y las culturas, que ella puede, pero con la condición, de enseñarnos a vivir juntos con nuestras diferencias, a comunicar todo, respetando nuestras identidades.

Ya no es posible seguir buscando en la imagen anticuada de una comunidad integrada una solución a nuestros actuales problemas. La disociación del mundo técnico y del hombre interior, de la objetividad y la subjetividad, es un componente tan importante en nuestra modernidad que es imposible negarla o rebasarla. Se ven más bien en el interior de nuestra parte del mundo dos tendencias cada vez más antagónicas. La primera acepta totalmente la apertura del mundo, es hostil al voluntarismo político e ideológico y prefiere que sea el mercado quien asigne los recursos. Es la definición del pensamiento liberal. Este acepta la desaparición de las identidades y de los gobiernos nacionales, y es también favorable a un mestizaje general de las poblaciones, posición que acaba de asumir la historiadora norteamericana Nathalie Davies de Princeton. Se podría uno preguntar acaso si ese mestizaje no arrojaría resultados parecidos a los de la *World Music* u otros temas musicales provenientes de diferentes tradiciones que son reinterpretados y reutilizados por un poderoso sistema industrial y publicitario que los aísla de su significado cultural o social, amortiguando su acción en todas partes del mundo. Debe regocijarnos ver cómo se multiplican los escritores y creadores mestizos, como lo son Naipaul, Rushdie o Ben Jelloun, pero a condición de que no sean los sobrevivientes emigrados de culturas en desaparición o prisioneras de regímenes autoritarios. El mestizaje es una unidad que ofrecen las culturas dominantes a los individuos provenientes de culturas dominadas. No se trata de un encuentro de culturas que enriquecen una a

la otra, pues hay demasiadas desigualdades entre las culturas como las hay entre las economías y las sociedades.

La solución inversa es el sueño de crear una sociedad política mundial, es decir, una Nación-Tierra. Sin embargo, nadie ha indicado todavía cómo se pueden unificar los intereses de todas las naciones en una sola política. Los países pobres quieren desarrollarse, corriendo el riesgo de aumentar la contaminación, y los países más desarrollados, que son también los más contaminadores, quisieran limitar un crecimiento del que hasta ahora ellos han sido los principales beneficiarios, arriesgándose a acrecentar la distancia entre ricos y pobres. Es verdad que las negociaciones y los acuerdos internacionales se han desarrollado, que la consciencia de los problemas planetarios aumentó, que el deber de injerencia fue reconocido en ciertos casos, pero se juzga mal cuál sería el poder político que podría imponer decisiones a Estados Unidos, a Japón o mañana a China. Los organismos financieros internacionales son poderosos agentes del sistema económico global, pero no desempeñan de ninguna manera el papel de banca central nacional. Su intervención es con frecuencia considerada en los países del sur como la de una institución extranjera.

Actualmente no puede existir mediación entre la economía y las culturas, entre la unidad del mercado global y la pluralidad de las identidades fuera de las instituciones políticas, entre las que encontramos como principales al Estado nación, la región y la ciudad. En Europa, de manera particular, la más importante es el Estado nacional, tanto así que, en los países federales es muy raro que una región, un Land, un Estado, en el sentido americano o brasileño del término, lleve adelante su política oponiéndose al Estado al que pertenece. Los funcionarios de Bruselas están acostumbrados a ver a los Estados defender las demandas de sus regiones para participar de las ventajas que ellos escatiman. Pero ¿no es de la crisis, del debilitamiento del Estado nación frente al desarrollo de las empresas, de los movimientos de capitales y de *pattems* de consumo transnacionales de lo que nosotros hemos partido? Esto nos conduce a una conclusión que se aproxima a los argumentos de quienes defienden el papel de las regiones y de las ciudades. La articulación de la economía y de las culturas no puede hacerse más que en la sociedad civil, y todavía más, en la sociedad política, bajo la forma de modelo de organización o de decisión, de política de educación o de control de lo que sale de la norma. Se trata de niveles de intervención que hay que distinguir cada vez más de la intervención del Estado propiamente dicho, y cuya tarea principal, y la más específica, es la de representar el conjunto de la Nación y de la sociedad frente a otros Estados y también frente al pasado, asegurando la memoria colectiva, así como también frente al

futuro, asegurando la educación de los niños, la investigación y las inversiones a largo plazo. Hemos evocado al principio el movimiento histórico gracias al cual las naciones se ampararon en el Estado para hacer un Estado nación, creación de las guerras de independencia y de las revoluciones holandesa, británica, norteamericana y francesa. Actualmente vemos constituirse un movimiento inverso: la disociación del Estado y de la Nación. Tal es, me parece, el sentido principal de la construcción europea. Que se hable o no de federalismo, la evolución actual, después del tratado de Maastricht, dominado por la preparación de una moneda única, parece confirmar las ideas de Jacques Delors o de la CDU alemana: una moneda única implica una política macroeconómica unificada, es decir, una voluntad política común. ¿Y qué europeos no sienten vergüenza y humillación frente a su impotencia hacia los trágicos acontecimientos de Bosnia? Inclusive si las dificultades parecen inmensas y exigen mucho tiempo para ser superadas, es imposible que Europa no busque acrecentar su capacidad de decisión estatal. ¿No interviene ésta de manera tan masiva en la vida de cada país miembro de la Unión Europea que una fuerte proporción de las leyes aprobadas por los parlamentos nacionales han sido ya puestas en vigor conforme a las directivas europeas?. Pero, ¿este Estado europeo que se construye frente a nuestros ojos será un Estado nacional, ya sea federal o unitario? No se puede confiar en ello, sobre todo después de la difícil adopción del tratado de Maastrich en aquellos países donde fue necesario someterlo a un referéndum, ni se puede hablar de Estado nacional europeo si no se cree en la existencia de una cultura europea y en una experiencia histórica común. Ahora bien, si los intercambios fueron intensos entre todos los países, los factores de unidad fueron constantemente menos visibles en el espacio cultural europeo que en las fronteras: entre la herencia de Roma y la de Bizancio, entre el Oeste que conoció los movimientos de las *endosares* a la inglesa y el Este que a partir del siglo xvi vio reforzarse el poder de los *Junkers* y otras variantes de lo que los españoles llaman los *hacendados*, entre el universo de la Reforma y el de la Contrareforma, entre los países que pertenecieron tempranamente a un Estado unificado y los pueblos que dependieron de manera prolongada de un imperio multinacional, entre los países cuya burguesía fue el agente principal de desarrollo o aquéllos en los que fue el Estado. El conjunto de Europa, es tan artificial como el de Asia, que no tiene otra realidad que la imagen creada por los viajeros o colonizadores provenientes de diversos países europeos.

Concluiremos que la construcción de un Estado europeo implica una creciente separación del Estado respecto de la Nación, del poder estatal y de la sociedad política. ¿No es acaso verdad lo que dicen

claramente daneses y franceses cuando expresaron su temor de ver reducir el rol de sus instituciones nacionales, parlamento, sindicatos, prensa, tribunales, escuelas y servicios sociales en provecho de un poder creciente del capital financiero internacional, que está fuertemente influido por los intereses y la política de Estados Unidos?

El debate entre los partidarios de la Europa unificada y los de la Europa de las patrias no corresponde más a la presente situación, y el llamado a la patria parece debilitado. El patriotismo de los países europeos está debilitado ya que la capacidad militar de la mayor parte de los estados europeos es débil y porque la sociedad local, que aportaba su contenido afectivo real a la patria, se disuelve en la sociedad de masas, donde cada individuo se da a sí mismo un número creciente de identidades separadas, profesionales, sexuales, morales, religiosas, nacionales, étnicas. La Nación ya no es la fase civil del Estado; es el objeto del sistema político. Ese cambio se realiza frente a nosotros con una fuerza y una rapidez impresionantes. La opinión pública, estimulada y sustituida por los media, da una importancia central a los problemas que amenazan o refuerzan la integración y la solidaridad nacionales, ya sea que se trate de la integración de los inmigrantes, del reconocimiento de las minorías, de la tolerancia cultural, de la ayuda proporcionada a los desempleados, a los excluidos, a los inválidos, a los enfermos incurables o crónicos. A partir del momento en que la nación se separa del Estado, la primera busca la comunicación entre sus miembros, mientras que el segundo busca la potencia y la competitividad, defendiendo a los habitantes y los equipamientos (militares, por ejemplo) de su territorio en la competencia internacional. Esta separación del Estado europeo y de las naciones europeas (que pueden ser unificadas o dar por el contrario una fuerte autonomía a las regiones o a las comunidades) puede ser expresada también por la necesaria separación de la ciudadanía y de la nacionalidad, a pesar de que las relaciones de dichas nociones sean complejas y cambiantes, ya que, por ejemplo, ellas no forman más que una en el derecho francés, mientras que en realidad son distintas en el derecho inglés y no se aplican de manera cómoda en el derecho español o inclusive alemán. En el espíritu de lo que se ha dicho, se puede hablar de una ciudadanía europea, anunciada por la creación de un pasaporte europeo y reforzada por siete países en los acuerdos de Schengen y del mantenimiento de las nacionalidades española o catalana, alemana o bávara, inglesa o británica, belga o flamenca y walona, portuguesa, francesa, sueca, etcétera. Lo importante, mas allá de las palabras es que la relación con el Estado esté separada de la relación con la sociedad y su organización. Esta separación iría en el

sentido de la creciente diferenciación de los subsistemas sociales en los que Max Weber vio un aspecto central de la modernidad.

Algunos quieren ir más lejos. En un coloquio organizado por Jacques Delors en Leiden, el alcalde de esta ciudad al recibirlo le dijo: "Usted insiste mucho sobre el papel de los estados y de las regiones en la Europa en construcción, pero tal vez está olvidando lo que ha hecho la especificidad de Europa: ha sido el continente de ciudades y su modernidad se llama Venecia y Florencia, Amsterdam y Lubeck. Londres y París". Ciertamente, esta observación venía de un holandés, ciudadano de las antiguas Provincias Unidas que fueron durante mucho tiempo la alianza de ciudades abiertas al comercio internacional. Esta manifestación sería menos espontánea en un portugués, un español e inclusive en un británico. Sin embargo, la separación de la nación y el Estado no puede reforzar el papel de las regiones y menos aun el de las ciudades. El ejemplo de España es el más nítido. Rompiendo con una tradición autoritaria y un centralismo exacerbado, España dio una amplia autonomía a distintas partes de su territorio, en particular al País Vasco, y sobre todo a Cataluña, agrupada alrededor de Barcelona, ciudad metrópoli que siempre ha tenido una vocación internacional.

Volviéndose menos estatal y más civil, la nación se compromete de manera natural con una mayor descentralización y una creciente autonomía de todos los actores sociales.

La ciudad es en efecto más que el Estado nación y la región, el lugar en el que se crean las articulaciones entre el mundo de los intercambios, creador de la economía urbana, y el de las culturas que, en la ciudad dejan de estar encerradas en las comunidades y se privatizan. se vuelven convicciones, creencias y prácticas, que discuten entre ellas y respetan sus derechos mutuos a la existencia y a la expresión. Y el rol de Hong Kong y de Singapur, al lado del inmenso imperio chino ¿no está ahí para recordar que las Ciudades Estado no han terminado de aportar la vida a los imperios paralizados por su obsesión de la pureza y la normalización?

Esta idea general adquiere una forma más radical en los estados multinacionales como son en particular los países de los Balcanes y la actual Rusia, pero también y bajo una forma extrema, Bélgica. Si la separación del Estado y la nación es una necesidad absoluta, no es posible estar satisfecho, de ninguna manera, con una separación simple entre una vida pública unificada y una vida privada diversificada. Cada nacionalidad exige un reconocimiento público, lingüístico, escolar, en ocasiones religioso, lo que provoca conflictos irreparables pero que también provoca logros originales como por ejemplo en el caso de muchos húngaros de Transilvania, quienes se esfuerzan por combinar su doble pertenencia a Rumania y a la cultura magyar

(húngara). No se puede imaginar una solución aceptable al actual conflicto en la ex Yugoslavia sin reconocer el derecho de las minorías. Si se carece de este reconocimiento, es fácil caer en la purificación étnica, es decir, en la barbarie. Más delicada es la situación en el Kossovo donde la mayor parte de la población es albanesa, cuyo territorio pertenece a Serbia y es considerado por ésta como el lugar histórico de la independencia serbia y de su desaparición. ¿No es extraño reivindicar el derecho de las minorías por aquéllos que son de hecho la mayoría? El caso belga es casi igual de delicado, ya que wallones y flamencos no tienen en común más que la persona del rey, de las instituciones sociales y la deuda pública, que los flamencos piensan que asumen de manera desigual y pesada para ellos. ¿Las comunidades no romperán el Estado que las une para comportarse como naciones independientes, adhiriéndose al conjunto europeo, de manera análoga a Eslovenia?

Incluso los estados nacionales más integrados conocen una cierta disociación entre el Estado y la Nación. Es menos frecuente en Italia, donde la *Lega Nord* es federalista más que nacionalista, en comparación a Francia, donde el Consejo constitucional rehusó aceptar la idea de nación corsa, pero donde el movimiento nacionalista se mantiene e incluso se radicaliza en esta isla, como ha sucedido en el país vasco o en Irlanda. La idea revolucionaria de la Nación única e indivisible parece estar muy lejos de las realidades de un mundo en el que ningún Estado, al menos en lo que respecta al mundo occidental, es capaz de controlar todos los aspectos de la vida nacional y de imponerles la unidad de sus regias. Y el Estado que se opone a la diversificación de todos los aspectos de la vida social, de la educación a las prácticas religiosas, no es considerado más como un agente de progreso volcando los particularismos y los privilegios locales, más que como Estado *burocrático e incluso represivo*.

Ahora es posible ver la relación de complemento de la segunda y la tercera parte de este análisis. Después del triunfo del Estado nación, hemos seguido primero el advenimiento de los Estados nacionalistas. Estos hablan en nombre de la Nación, pero es porque la han devorado. Es la lógica del poder y la dominación, de la hegemonía y la agresión la que prevalece en esos estados. En el sentido inverso, hemos seguido con la transformación de una consciencia nacional que se separa de la pertenencia estatal, que deviene cada vez más próxima de la consciencia regional o de la consciencia urbana y que otorga un lugar creciente a la *grassroots democracy*, al mismo tiempo que el Estado se encuentra cada vez más comprometido tanto con la búsqueda de acuerdos económicos con los países poscomunistas del Este, con los países del sur del Mediterráneo y con América Latina, o al menos con los países

de un Mercosur ampliado, y defiende al continente en su concurrencia con los otros grandes conjuntos político-económicos, Estados Unidos, Japón y tal vez mañana China o la India.

Lo importante es afirmar que una política macroeconómica y monetaria es también una política de defensa en el nivel de la Unión Europea o del conjunto de países que decidirán llevar la integración política más lejos, que son compatibles con una diversidad sostenida e inclusive creciente de políticas educativas y jurídicas, de sistemas de seguridad social, de las condiciones de nacionalidad y naturalmente con la pluralidad de las culturas y de las lenguas. Es imposible determinar *a priori* por dónde debe pasar la « frontera entre el Estado y la Nación e igualmente imposible hacer la lista de prácticas y reglas que deben permanecer comunes a todos los miembros de una nación. Pero, ¿el futuro de Europa no depende de su capacidad de manejar la diversidad combinándola con factores de integración? El Estado es, en un mundo abierto a los intercambios internacionales, el lugar de la unidad necesariamente, la sociedad civil es el lugar de la diversidad de las pertenencias múltiples. La nación es el lugar intermedio, el del sistema político que dirige las relaciones entre la unidad y la diversidad, donde aprendemos en forma democrática a vivir conjuntamente con nuestras diferencias en una sociedad secularizada, laica, donde el poder no se identifica con ningún grupo de interés, ninguna categoría social, ninguna ideología, y ningún credo.

Si abandonáramos la idea de nación nada podrá detener o limitar la creciente disociación entre una economía globalizada y dominada por los actores económicos más potentes y las identidades fragmentadas y cada vez más incapaces de comunicar con las otras, y paralelamente, la distancia aumentaría entre las categorías calificadas y educadas que participan en los intercambios mundiales y las categorías o las regiones más débiles y aisladas que corren el riesgo de ser empujadas a la marginalidad y la exclusión, destruidas por el caos o manipuladas por la economía mañosa y la corrupción. Tenemos necesidad de naciones a la vez para proteger la diversidad y para separar la dualidad que ha golpeado ya fuertemente América Latina y que se extiende rápidamente en Occidente industrializado. Pero esta sociedad nacional no puede reforzarse más que al asociarse al ocaso del Estado nación encerrado en sí mismo y controlador de toda la sociedad. Se trata de la combinación de un Estado supranacional europeo y de sociedades nacionales ellas mismas diversificadas, como lo único que nos puede proteger del peligro permanente que representa el Estado nacionalista autoritario y totalitario.

Los multimedia pueden y deben jugar un rol paralelo al de los sistemas políticos. Ellos abren cada país al mundo y son también,

sobre todo la televisión, poderosas industrias cada vez más dominadas por empresas transnacionales, pero son también, en la mayoría de los casos, norteamericanas y encuentran en los países europeos mercados abiertos para sus productos cuyos costos de producción ya han sido amortizados en Estados Unidos y que entonces pueden ser vendidos a bajo precio. Es también imposible aceptar un libre intercambio que sólo beneficie al país más poderoso o encerrarse en un proteccionismo cultural de todas maneras ilusorio y que no corresponde a la situación y a la política de ningún país. Se puede observar que el público de los principales países europeos, de Alemania y de Francia en particular, acepta mejor las películas televisadas nacionales que las importadas; se reconoce también que las televisiones públicas tienen un papel que desempeñar al lado de las televisiones privadas, las cuales, en la mayoría de los casos, reproducen directamente el modelo comercial americano. Al mismo tiempo, la internacionalización de los programas, de la información y de la creación de productos destinados al consumo de masas de los niños y jóvenes tienen muchos aspectos positivos y sólo alzamos los hombros frente al libro que presenta el pato Donald como un agente del imperialismo norteamericano. ¡Como si La Fontaine hubiera sido un imperialista francés y Dickens un imperialista inglés! Una política de multimedia consiste en buscar una articulación entre la cultura de masa global, producida sobre todo por los Estados Unidos, y creaciones culturales más marcadas a nivel nacional y regional, y también creaciones artísticas originales y personales. Podemos hablar de una cultura italiana, alemana o sueca, no cuando los multimedia y los artistas de esos países se nutren de tradiciones nacionales, sino cuando son capaces de crear obras originales en las que se mezclan y enriquecen técnicas o temas de la cultura de masa mundial. Construcciones de la realidad nutridas de experiencias más próximas y de una sensibilidad o de ideas personales. Nada estaría más alejado de nuestra historia cultural que tratar de crear culturas, pero no hay más naciones vivientes que aquellas que crean obras al mismo tiempo particulares y universales. En ese terreno los países europeos tienen políticas y posibilidades muy diversas, pero es ciertamente su cooperación lo que puede dar a todos una mayor posibilidad de creación.

Esos problemas y sus perspectivas son muy complejos para que las soluciones a adoptar se desprendan directa y fácilmente de un debate de ideas. Existe una marcada diversidad entre las naciones europeas y dentro de cada una de ellas para que la ilusión de un *one best way* pueda engañarnos. Pero se puede desear que los intelectuales y los científicos tomen iniciativas, como lo hubiera querido Jacques Delors para que se desarrollen la reflexión y el debate público sobre las

formas que puede tomar la idea nacional en una Europa a la vez una y diversa.

Vivimos una crisis de lo político mucho más profunda que las crisis políticas; esta crisis corre el riesgo de no dejar frente a frente, por un lado, un mercado mundial y los grupos financieros que lo dominan, y por el otro, individuos o grupos humanos encerrados en su identidad. Entre estas dos caras del mundo a las que pertenecen ampliamente el Norte y el Sur, no puede haber en ellas un enfrentamiento o la dominación de una sobre otra y en el mejor de los casos, la coexistencia de supercarreteras del consumo o la comunicación con los *ghettos* cada vez más encerrados en sí mismos. Segregación y violencia son entonces los únicos modos de relación posible entre estos dos universos hostiles el uno al otro. En la época en la que F. Tonnies publicó su célebre libro, incluso aquellos que criticaban la modernidad pensaban que ésta se identificaría con la sociedad, hecha de reglas impersonales, de técnicas racionalizadas y de una división marcada del trabajo. Ahora bien, la crisis del universo político hace revivir la comunidad a tal grado que se podrá hablar, en el espíritu de Tonnies, de una *Wiedervergemeinschaftung*, de una recomunitarización del mundo moderno.

La idea de Nación fue un aspecto central de la noción europea de la modernidad. Es por ella que los seres humanos se reconocieron como individuos iguales en derecho y definidos por su pertenencia a una colectividad libre cuyas reglas son establecidas por la ley que emana de la voluntad popular. ¿Podemos aceptar ver el conjunto de nuestra sociedad política organizada según la raza o la etnia, las costumbres y las creencias y no la voluntad colectiva que Rousseau llamaba la voluntad general? Sabemos en Europa lo que costaron las guerras entre estados europeos, conocemos más directamente los desastres provocados por los estados totalitarios y no podemos dar marcha atrás a la tentación de creer que el mercado asegura por sí mismo la libertad y la justicia. Por eso debemos dar una nueva vida a la política y a una concepción democrática de la Nación.

Bibliografía

- Bagnasco, Arnaldo (1977). *La problemática territoriale delio svilop-po italiano*. 110. II Mulino. Karl Dietrich Bracher (1969). *Die Dent.sche Oiktatur* Trad. Fr., Privat, 1986.

- Brubaker R., William (1992). *Citizenship and Nationalhood in France and Germany*, Harvard University Press.
- Deutsch, Karl (1953). *Nationalism and Social Communication. An Inquiry to the Formation of Nationality*, Cambridge, USA.
- Fukuyama, Francis (1992). *The End of History and The Last Man*, Free Press, trad. Por Flammarion en 1992.
- Furet, Francois (1988). *La Révolution 1770-1780*, Paris, Hachette.
- Geliner, Ernest (1983). *Nations and Nationalism, and Nationalism*, Oxford, Blackwell, trad. fr. Payot, 1983.
- Haupt, Georges; Lowy, M. y Weil, C. (1974). *Les Marxistes et la question nationale. 1848-1914*. Paris.
- Hobsbawm, Eric (1990). *Nations and since 1780*, trad. Fr. Gallimard, 1992.
- Huntington, Samuel (1993). The clash of civilizations, en *Foreign Affairs*, No. 72 (3) trad. fr. en *Commentaire* No. 66, verano 1994.
- Kepel, Gilés (1991). *La Revanche de Dieu*, Paris, Seuil.
- Renán, Ernest (1882). *Qu'est-ce qu'une nation?*, Paris (Nouvelle ed, Agora, 1992).
- Rosanvallon, Fierre (1992). *Le Sacre du citoyen*. Paris Gallimard.
- Schnapper, Dominique (1991). *La France de l'intégration. Sociologie de la Nation en 1990*. Paris. Gallimard.
- Watson, Hugh Seton (1977). *Nations and States. An Inquiry to the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*, London, Methun.